

experimentar la misma suerte que Contí, pero que su desgracia le serviría de consuelo si veía á su soberano libre de una regencia tan imperiosa que solo le dejaba el vano título de rey, sin poderni autoridad.

Estas palabras artificiosas exaltaron extraordinariamente la cólera del rey. Quería desde luego presentarse él mismo á la regenta y pedirla los sellos del estado que son los atributos de la autoridad soberana: pero conociendo el conde su debilidad y el imperio que la reyna ejercia en su espíritu, le aconsejó que se retirase á Alcántara sin verla, desde donde podia despachar correos á los magistrados de Lisboa y á los gobernadores de las provincias para hacerles saber que habia tomado sobre sí el gobierno de sus estados. Siguiendo el príncipe este consejo salió al anochecer disfrazado y seguido solamente del conde y de sus amigos y llegó la misma noche á Alcántara. La mañana siguiente escribió á los secretarios de estado para que se presentasen cerca de su persona; mandó lla-

mar tambien la guardia alemana, y al mismo tiempo hizo saber en todo el reyno que siendo ya mayor de edad, habia cesado la regencia de la reyna su madre.

La mayor parte de los cortesanos se presentaron inmediatamente á Alcántara. La corte de la reyna quedó desierta y muy luego se convenció de que una autoridad agena no subsiste sino en cuanto está sostenida por el poder legítimo.

Sin embargo el valor no abandonó á esta gran princesa, y la manera noble y generosa con que se desprendió del poder soberano patentizó que merecia reynar mucho mas tiempo, como y tambien que solo habia prolongado su regencia para el bien del estado. Escribió un billete á su hijo, diciéndole que no debia apoderarse de su propio trono de una manera furtiva y como un usurpador, que volviese á palacio y que por la mañana siguiente, en una asamblea de los grandes y de los principales magistrados de la ciudad, le haria entrega de los sellos y del gobierno



de sus estados. El rey volvió á Lisboa; y su madre cumpliendo su palabra convocó los grandes, títulos y superiores de las órdenes, y en presencia de todos tomando una bolsa que guardaba los sellos del reyno le dijo: *Aquí teneis los sellos que se me confiaron con la regencia de vuestros estados en virtud del testamento del difunto rey vuestro padre y mi señor: póngolos en manos de vuestra magestad con la autoridad que les acompaña y ruego á Dios que durante vuestro reynado todo salga tan felizmente como yo lo deseo.* Tomó el rey los sellos y los entregó al secretario de estado; é inmediatamente el infante y todos los grandes le besaron la mano y le reconocieron por su nuevo soberano.

La reyna madre habia declarado que al cabo de seis meses se retiraria á un convento, habiendo tomado ese término para ver que rumbo tomaria el gobierno. El favorito que temia su gran talento y el poder tan natural de una madre en el espíritu de su hijo, indujo á este á que cometiese

con ella varias acciones impolíticas para obligarla á precipitar su retiro. La reyna que naturalmente era noble y altiva, no pudiendo sufrir esta falta de respecto, se metió en un convento: desengañada entónces de las vanas grandezas de la tierra, se ocupó exclusivamente de las que los hombres no pueden quitar: apenas vivió un año en su retiro, y murió en 18 de febrero del año 1660. Princesa de un genio superior que reunió las virtudes de ambos sexos, hizo brillar en el trono todas las grandes y bellas calidades de una soberana; y en su retiro hasta llegó á olvidar que nunca hubiese reynado.

El rey, no contenido ya por la autoridad de aquella sabia princesa, se abandonó enteramente á su carácter feroz: insultaba de noche con sus satélites, y aun muchas veces atacó á las patrullas y á los zeladores de la tranquilidad pública. Nunca salia de noche, que por la mañana siguiente no se publicasen escenas trágicas: temíase su encuentro como el de un animal



feroz escapado de su encierro. El conde de Castel-Melhor disimulaba estos desórdenes que formaban el principal fundamento de su autoridad, pues era tan buen cortesano como mal ministro, es decir orgulloso cuando le soplaba la fortuna, y abatido y humilde en la adversidad: en fin Portugal no se sostenia sino por la debilidad de España.

El rey Don Alfonso, cuyo poder no se extendia mas allá de los límites de su palacio, abandonaba el gobierno de todo el reyno á su favorito, conservando del supremo poder solamente la libertad de cometer impunemente todas las extravagancias que se le antojaban.

Viendo los Españoles el reyno de Portugal gobernado por un príncipe furioso y tonto, se lisongearon poderlo reducir con mucha facilidad: levantaron un ejército considerable y encargaron su direccion y mando á Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. El rey de Portugal le opuso el conde de Schombreg, bien que

el conde de Villa-Hor tuviese el título de general, y solo á este nombramiento debió la conservacion de su corona, pues aquel gran capitán tuvo varias victorias contra los Castellanos, y puede decirse que tuvo menos dificultad en vencer á los enemigos que la terquedad del general portugués, pues zeloso de su gloria entorpecia todos los planes que podian aumentarla: pero el general frances poseia la confianza de la corte y sobre todo la de las tropas, que seguian con placer á un comandante que la victoria nunca le abandonaba.

El ministro se atribuia toda la gloria de estas hazañas, aunque á la verdad no tenia mas parte en ella que la de ser el primero que recibia las noticias. Todos los dias aumentaba su valimiento, y el solo disfrutaba de toda la autoridad soberana bajo el nombre del rey: gobernaba á este príncipe como á una máquina cuyos resortes hacia mover á su antojo segun lo exigian sus intereses particulares: serviase de su



carácter violento para perder con acusaciones falsas á cuantos le eran sospechosos; y de esta manera se fue deshaciendo de la mayor parte de los ministros de la regenta, y nombró en su lugar á hombres que le eran enteramente adictos. El consejo y toda la corte cambiaron enteramente de faz, sin que nadie pudiese conservar un empleo, sino en cuanto era útil ó agradable al ministro : hasta tuvo el arte de hacer desterrar nuevamente á Conti, aquel primer favorito del príncipe, que recientemente este habia mandado volver del Brasil. Conti era un rival muy temible por la inclinacion que el rey le conservaba; y por lo mismo en cuanto el ministro supo su desembarco, le mandó una orden prohibiéndole presentarse á la corte, por el mismo correo que el rey habia despachado para manifestarle cuanto celebraba su llegada. Este infeliz soberano, esclavo de su ministro, no se atrevia á verle sino en secreto; y el conde para romper enteramente un comercio que hubiera podido

arruinar su fortuna, hizo acusar á Conti de complicidad en una conspiracion contra el rey, de la cual no tenia pruebas ni testigos y que, á pesar de no presentar ni tan siquiera la menor sombra de verosimilitud, le sirvió de pretexto para perder á su rival.

Desembarazado el ministro de Conti, dirigió sus miras hácia el infante Don Pedro, hermano del rey. Este jóven á medida que iba creciendo, sus inclinaciones parecian nobles, y se atraia la estimacion y voluntad de todos los Portugueses por la regularidad de su conducta y por la comparacion que de ella hacian con la del rey su hermano. El conde puso á un hermano suyo en casa del infante con la mira de que podria apoderarse con premura de su confianza, y por este medio podria gobernar á un tiempo á los dos hermanos. En efecto el jóven príncipe recibió muy bien al hermano del favorito y aun le trató con distincion, pero nunca le dió la menor parte en su confianza, pues el lugar



estaba ya ocupado : la regenta que siempre habia considerado al infante como el único apoyo de la casa real, ya desde su niñez habia puesto á su lado las mejores cabezas del reyno. Sus ayos, directores prudentes y amigos fieles, hicieron entender al infante que no era una cosa imposible que subiese al trono si el rey continuaba en sus desarreglos, y le hizieron entrever que no era una cosa cierta que su hermano pudiese tener sucesion ; pero al mismo tiempo le infundieron desconfianza en el favor y las astucias del conde, tan interesado por su propia grandeza á prolongar cuanto pudiese el reynado de Alfonso. Estas diferentes opiniones insensiblemente fueron creando dos partidos en la corte : el del conde que era el mas numeroso tenia á su favor á los que se apegaban indiférentemente á la fuente de las gracias ; pero los antiguos ministros que preveian que un gobierno tan violento no podia ser duradero, y los primeros grandes del reyno que no podian resolverse á doblar la cerviz á

la autoridad del favorito , frecuentaban la corte del infante como heredero presunto de la corona.

Observando el conde que el partido de la oposicion se sostenia por los rumores que sus enemigos extendian de la impotencia del rey, resolvió cortarlos de raiz casando su soberano. A este efecto, á sus instancias pidió el rey á la Francia á Maria Elisabet Francisca de Saboya , hija de Carlos Amadeo duque de Nemours y de Elisabet de Vendoma , que se le concedió. César de Estrees , su tio segundo , obispo y duque de Laon , y tan conocido en toda Europa con el ilustre nombre de el cardinal de Estrees, la condujo á Portugal acompañado del marques de Rubigni, embajador extraordinario de Francia , y de un crecido número de caballeros y personas de distincion, amigos y dependientes de la casa de Saboya , ó allegados por varios títulos con las de Vendoma y Estrees.

La ceremonia de este casamiento se hizo con la magnificencia acostumbrada en



semejantes funciones : toda la corte admiró la rara hermosura de la nueva reyna , el infante pareció encantado , y solo el rey se manifestaba insensible á sus bellas prendas : y no se tardó mucho tiempo á sospecharse que la calidad de reyna y muger del rey , no era mas que un título ilusorio con que se procuraba encubrir la debilidad del soberano.

El ministro se habia lisongeadó poder gobernar aquella princesa con el mismo imperio que habia adquirido con el rey su marido : por de contado la trató con mucho respecto , pero no tardó en apercibirse que esta princesa tenia un espíritu muy elevado para sujetarse á depender de un vasallo. El ministro para vengarse no dejaba escapar ninguna ocasion de hacerle sentir su poder : ocultábale cuidadosamente los negocios del estado , y hacia de manera que los de los particulares en que ella tomaba algun interes nunca dejaba de salir fallidos , de suerte que la recomendacion de la reyna era un título de

exclusion para el ministro. Luego se dejaron de pagar sus pensiones y las de su casa , so pretexto que los empeños del estado y las urgencias de la guerra consumian todos los fondos del erario ; y el rey que su favorito tenia en una especie de sujecion , dejándole su entera libertad contra los que no eran de su beneplacito , hizo descortésias tan violentas al infante y á la reyna , que varias veces se la vió salir del aposento del rey anegada en llanto.

Su hermosura , sus desgracias , las quejas continuas de las damas de palacio y de sus oficiales que estaban sin paga , la grangearon un vivo interes de cuantos no eran esclavos del favor , de suerte que se formó un tercer partido en la corte.

No se hablaba mas que de la esterilidad de la reyna á pesar de que aun no habia un año que estaba casada.

Con mucho esmero se aumentaron las sospechas del público con respeto á una puerta que el rey habia mandado abrir junto á la cama de la reyna , de la cual él



solo tenia la llave (1). La reyna se manifestó poco tranquila de una novedad que exponia su virtud y su gloria : sus partidarios decian publicamente que el ministro queria que el rey tuviese hijos de cualquier manera que fuese, y que se lisongeaba á favor de esta puerta misteriosa cubrir la vergüenza del principe á expensas del honor de la reyna.

Esta princesa descubrió sus escrúpulos de conciencia á su confesor, quien de su orden lo comunicó confidencialmente al confesor del infante. Estos dos religiosos propusieron el obrar de comun acuerdo en un asunto tan delicado, en el cual tenian ambos un interes tan grande, aunque opuesto en apariencia : sus partidarios convinieron que no era imposible conciliarlos, y á este efecto se renovaron los primeros proyectos de la regenta. Reuniéronse estos dos partidos, de suerte que en lo sucesivo no formaron mas que uno, y aun la reyna tuvo la habilidad de hacer

(1) *Memorias* de Frémont de Ablancourt.

entrar en él al conde de Schomberg que estaba al frente del ejército, y el infante que ya no ponía límites á sus deseos ni á sus esperanzas; se aseguró al mismo tiempo de los primeros magistrados de la ciudad y de cuantos sugetos tenian alguna preponderancia en la masa del pueblo.

El rey por sí mismo no era mas que un vano fantasma del trono nada difícil de derribar; pero se hallaba sostenido por un ministro astuto y ambicioso que sabia hacer valer el nombre respetable de soberano. Tratábase ante todas cosas de arrancar de palacio á un hombre tan hábil que prolongaria cuanto le fuese dable el tener en su mano las riendas del estado: ganaron secretamente á un amigo suyo el cual le dió aviso de que el infante le atribuía todos los desaires que recibia del rey; que este principe habia jurado perderle, y que no estaria en seguridad si se obstinaba en permanecer en la corte.

El ministro naturalmente tímido; publicó el aviso que le habian dado, le tomó



por pretexto para doblar las guardias y hacer tomar las armas á todos los oficiales de palacio , y ademas queria que el rey fuese en persona á su frente á prender al infante en su aposento : pero el rey , furioso de noche , y contra los que no se defendian , desechó un proyecto en el cual preveia resistencia , y se contentó con escribir al infante invitándole á que se presentase á su presencia. Este príncipe se excusó so pretexto de rumores que ultrajaban su honor , que , decia , habia publicado el conde contra él ; y al mismo tiempo representó al rey que el ministro siendo dueño absoluto de palacio , no podia entrar en él sin que el despota hubiese salido. El rey y el infante se escribieron varias cartas sobre el mismo asunto que se hicieron públicas ; y por ultimo el rey ofreció mandarle el conde para pedirle perdon ; pero el infante que tenia otras miras mas elevadas que vengarse de un discurso del cual él mismo habia sido el autor secreto , insistió en que el ministro debia salir de palacio. La

corte y la ciudad estaban en unac continua agitacion y todo se preparaba para una guerra civil : el ministro notó con dolor de su corazon que el conde de Schomberg no le era favorable : la mayor parte de los grandes se declararon altamente á favor del infante Don Pedro ; y sus amigos y hasta sus mismos parientes le hicieron entender que no querian perderse con él y que no se hallaban en estado de resistir al partido del infante sostenido por el de la reyna. Viéndose el conde abandonado de todos sus partidarios y hechuras , se abandonó á sí mismo y salió de noche de palacio disfrazado. Por el momento se retiró á un monasterio á siete leguas de Lisboa desde donde pasó á Italia y se refugió en la corte de Turin.

El infante se presentó luego á palacio so pretexto de presentar sus respetos al rey : todo se humilló ante su autoridad , y echó cuantas hechuras quedaban del ministro. El rey privado de consejero estaba por decirlo asi , á su discrecion : sin em-



bargo el infante no se atrevia á tocar á la corona por no exponerse á pasar por un usurpador : era necesario que una autoridad legitima le confiriese la soberanía , y no habia ninguna que pudiese al menos servir de pretexto á una accion tan atrevida, excepto la junta general de los estados del reyno.

Solo el rey podia convocarla : varias veces se le hizo la propuesta bajo el pretexto ordinario de las urgencias del estado, representándole que solo podia remediar á ellas con el concurso de sus mas fieles vasallos. Este príncipe, aunque ignorante, no era tan estúpido que no sospechase que semejante reunion era una conspiracion contra su autoridad. Prevenido con esta opinion, eludió mucho tiempo responder á varias súplicas que el infante le hizo presentar por diferentes cuerpos del estado : pero al cabo el consejo extendió una deliberacion que hicieron firmar á aquel desgraciado príncipe, el cual en este paso considerado firmó él mismo su pérdida y

su abdicacion. Con este acto quedó convocada la asamblea para el 1 de enero de 1668.

Habiendo conseguido el infante esta empresa que consideraba como el fundamento de su elevacion (1), de acuerdo la reyna con él se presentó á su vez en la escena : desde luego se retiró á un convento. No bien hubo entrado que escribió al rey diciéndole que los remordimientos de su conciencia la habian obligado á ausentarse de palacio, que nadie sabia mejor que él que no era su muger ; y que por toda gracia le pedia su dote y el permiso de volver á su patria para buscar un asilo en el seno de su familia.

En quanto el rey recibió esta carta, corrió como un furioso al convento para sacar la reyna ; pero el infante, ya mas soberano que él en su capital, y que habia previsto este lance, se encontró á la puerta del convento acompañado de todos sus partidarios : por de contado impidió que

(1) *Memorias* de Frémont d'Ablancourt.



se abriesen las puertas y condujo á palacio á su hermano, el cual se quejaba altamente de la falseda de la carta, citando por testigos de su estado de salud á sus cortejas, y amenazando al infante y á la reyna.

Poco conmovido el infante de semejantes amenazas, ilusorias por falta de consejo y fuerza, resolvió dar el último golpe á su autoridad; y á este efecto se presentó el día siguiente á palacio (1) acompañado de toda la nobleza, de los magistrados y del ayuntamiento, con un numerosísimo séquito de la masa del pueblo que deseaban ver el desenlaze de un negocio tan complicado. Entró en palacio en donde todos los consejeros de estado ya le estaban esperando, y despues de haber tenido una breve conferencia con ellos mandó arres-  
tar al rey en su mismo aposento.

Luego le hicieron firmar su abdicacion; pero el infante no se atrevió á tomar el título de rey, contentándose con el de re-

(1) 23 de noviembre de 1667.

gente, que le confirmaron los estados generales del reyno, y en esta calidad le prestaron juramento de fidelidad. Las primeras miras de este príncipe se dirigieron á procurar hacer la paz con España, valiéndose para ello de la mediacion del rey de Inglaterra, y el de España reconoció por un tratado solemne (1) á la corona de Portugal independiente de la de Castilla.

Para la completa felicidad del regente le faltaba la posesion de su cuñada. Esta princesa cuando entró al convento presentó una instancia al cabildo de la catedral de Lisboa durante la vacancia de la mitra, pidiendo la disolucion de un matrimonio que no habia podido consumarse en cerca de quince meses de cohabitacion. El cabildo declaró nulo el matrimonio (2), *sin mas contestacion que la del promotor fiscal, por negacion y defecto de parte, co-*

(1) 13 de febrero de 1668.

(2) 24 de marzo de 1668.



mo dice la sentencia (1) *teniéndose el impedimento por moralmente asegurado, sin necesidad de otras pruebas ni mayor dilacion.* Y con estas formalidades que la mayor parte de los jueces siempre saben arreglar á satisfaccion de los que gobiernan, se vió el regente en el caso de poderse casar con la reyna. Sin embargo le aconsejaron que para cumplir con la *honestidad pública* pidiese una dispensa á la santa sede. Felizmente por un concurso de casualidades que parecen premeditadas, en aquella misma época llegó de Francia M. Verjus, portador de la dispensa: habíase obtenido un breve apostólico del cardenal de Vendoma legado *á latere* que momentáneamente se le habia concedido esta dignidad para asistir en nombre del papa á la ceremonia del bautismo del príncipe. El obispo de Targa, coadjutor del arzobispo de Lisboa, dió la bendicion nupcial al regente y la reyna, en virtud de este breve que confirmó

(1) Relacion de los disturbios acaccidos en la corte de Portugal. *Paris*, Clousier.

el papa Clemente IX por otro que se juzgó oportuno solicitar para la seguridad de su conciencia y la tranquilidad del reyno.

Al rey Don Alfonso (1) se le relegó á las Islas Terceras que estan bajo la dominacion del Portugal. El pueblo, que siempre se interesa á los infelices, decia altamente, que debian contentarse con haberle quitado la corona y la muger, sin privarle todavía de respirar el aire de la patria: pero un príncipe destronado encuentra muy pocos protectores. No hubo ni siquiera un solo grande que se atreviese á hablar en su favor, pues conocieron que el regente no hubiera perdonado una compasion que injuriaba á su gobierno. Don Alfonso permaneció en su destierro hasta 1675 que el regente le mandó volver á Portugal, habiendo sospechado que se habia formado un partido para sacarle de las Islas Terceras y restablecerle en el trono. Murió cerca de Lisboa en 1683,

(1) 10 de diciembre de 1668.



con cuya muerte tomó el regente el título de rey, que le faltaba, y que era el único bien de que no habia despojado á su infeliz hermano.

FIN.

-----

TABLA

DE MATERIAS.

—

A.

ABDALLA, rey de Marruecos. P. 16.

ACUÑA, arzobispo de Lisboa. Carácter de este prelado. 48-49. — Su discurso á la nobleza confederada, para excitarla á levantarse, y sacudir el yugo de la dominacion española, 50 y sig. — Los amigos del duque de Braganza le encargan el cuidado del gobierno, despues de la revolucion, 115. — Dispone todos los preparativos en Lisboa, para que el nuevo soberano haga su entrada con magnificencia. 117. — Manda que la vireyna desocupe el palacio. *Ibid.*

AYAMONTE, caballero castellano de quien se vale el rey de Portugal para promover una revolucion en Andalucía. 132. — Manda un pliego á este soberano que incluia el plan de una conspiracion que los Españoles habian formado contra la casa de Braganza. 144. — Carácter de este caballero. 156. — Escribe secretamente al duque de Medina-Sidonia, para inducirle á sublevarse. *Ibid.* — El